



Darío  
Jiménez  
Mg. Sc.\*

Coordinador de la Titulación de Lengua y Literatura  
Universidad Técnica Particular de Loja  
Correo electrónico: adjimenez@utpl.edu.ec

# Motocicleta

***"En la loma de los limoneros  
ochenta y siete papagayos lo enterraron.  
Yo también.  
Por caminos torcidos de maizales secos,  
con inquietadores asobios lejanos.  
Yo también"***

Hugo Mayo

**Juan García Madero fumando un cigarrillo en el bar La Mala Senda, calle Pensador Mexicano, México DF, junio de 1982.**

Usted cree que alguien puede dar fe de la Revista Motocicleta y de ese loco descolorido que proclamaba haberla editado y ser su abnegado idealizador; pues déjeme decirle que no, que nadie; excepto, claro, este personaje que tiene delante de usted. A mí me llegó el dato cuando estuve en la cárcel; allá por el año de 1976. Dentro conocí a un joven un poco mayor que yo, de mediana estatura, flaco hasta casi transparentarse, barba hirsuta, rasgos aindiados y ojos desorbitados que decía estar al mando, entre risas, de un grupo de poetas, ¿estridentistas?, no, creo que no eran estridentistas, más bien creo que su nombre tenía algo que ver con las vísceras y con el realismo. Este hombre me dijo que había conocido a un tipo que portaba la revista Motocicleta (una revista que se escuchaba mentar entre susurros por los pasillos de las bibliotecas y de la que no se podía decir nada en la universidad, y mucho menos comentar sobre ella a los profesores), y que era tan real porque aparecía, la revista, cada 360 horas, y que hasta la fecha, la de ese entonces, ya debían de haber más de un millón de

ejemplares. El la leyó una vez, desde entonces dejó de escribir para siempre y se dedicó, solo a pensar la poesía, sentir el mundo y robar a las personas.

Era una locura, pero cómo desconfiar de un hombre que no dormía, o al menos si lo hacía debía ser con los ojos abiertos; cómo desconfiar de un tipo que sabía hablar en cinco idiomas diferentes, pero que apenas se le entendía el español, y cuando lo usaba era para decir alguna incoherencia o para expresar su dolor de pies. Me contó, como ya le iba diciendo, una noche que no podíamos dormir los dos (él nunca podía), que la revista la llevaba consigo un austriaco llamado Heimito, al que conoció en una cárcel de Tel Aviv y que desde que lo abordó le había hablado de poesía, pero que el hombre no entendía mucho del tema. La revista, le dijo Heimito a mi amigo de la cárcel, era una obra de arte, resumía en sus páginas todo el saber de los vanguardistas y, sobre todo, era un ejemplar digno de ser conservado en una vitrina antibalas, así me lo dijo él, no estoy mintiendo. A lo mejor Heimito quiso decir en una vitrina que la proteja del moho, pero dijo balas, era un tipo hermoso, hermoso en su desequilibrio, me dijo mi amigo. Al parecer Heimito siempre estaba soñando con escorpiones, y, cómo

\*DARÍO JIMÉNEZ • Nacido en Loja en 1984. Profesor de literatura en la UTPL. Actualmente Coordinador Departamento de Lenguas Modernas y Literatura. Ha publicado el libro de cuentos Un día me bañé desnudo (2011) y la Antología

poética de autores lojanos (2010). Actualmente se encuentra investigando sobre Pablo Palacio. Es un escritor indisciplinado que escribe cuando hay tiempo, estímulo y, sobre todo, ganas.



Fotografía: Carolina García

estos eran invisibles para los ojos en la oscuridad, él les temía, pero les temía más cuando la luna de Tel Aviv los alumbraba y su fosforescencia calcinaba los ojos, igual que el veneno de su agujón.

Pero a lo que íbamos, mi amigo de la cárcel seguía hablando de la revista y decía que era una exploración y explosión intelectuales en contra de las culturas establecidas de las letras de Latinoamérica. Heimito siempre contó muchas versiones de cómo dio con la revista, todas ellas muy normales para ser ciertas, pero la que más convencía, por descabellada, era aquella que hablaba de un escritor fantasma, ya casi en el límite de su vida y con una ceguera de abismo, que apareció en el metro de Viena y le cambió la revista por unas monedas que Heimito sustrajo a un turista en el mercado Naschmarkt.

Entonces Heimito, como se había hecho tan amigo de mi amigo, porque mi amigo siempre lo protegía y le daba resguardo ante los inminentes ataques de los escorpiones, le regaló la revista que llevaba en su morral, se la entregó cuando los dejaron libres para que cada uno siguiese su rumbo.

En cuanto a la revista, yo la leí, y debo decir que no era nada de lo que me dijo mi amigo de la cárcel, mucho menos lo que me habían dicho mis excolegas de la universidad de Zúrich, NO, era algo totalmente diferente por grotesca, los poemas casi salían de la revista para devanarte los sesos. Era como coger una fragua y vaciártela sobre la cara. Te derretía el alma y desconcertaba el cuerpo casi hasta la náusea. Yo la conservo, pero no me atrevo a leerla. Creo que la guardaré para encomendársela a un amigo ecuatoriano, poeta mediocre que anda buscando esos fósiles de la literatura de ese entonces. Yo ya quedé satisfecho de esa invitación al caos de los sentidos. A mi amigo de la cárcel no lo he vuelto a ver, pero según tengo entendido, sigue el rastro de una escritora desconocida y olvidada por todos, a la que se le atribuía la manía de devastar legiones enteras de poetas con el movimiento de sus caderas. Creo que era bisexual. Hugo Mayo, el que dirigió la revista en su tiempo me imagino que murió sin entender por qué de la revista que había publicado solo quedaba un ejemplar, y según cuentan por ahí, lo había entregado en las manos al mismísimo Roberto Bolaño, en el Zócalo del D.F. mientras tomaban un café con leche, meses antes de morir.